

Descansar juntos

Sofía



Descansar juntos

Capítulo 1

Hace pocas horas había vuelto a Buenos Aires. Estaba cansado, fué un vuelo de más de 12 horas sin escalas en el que había podido dormir muy poco. A pesar de estar muy acostumbrado a trasladarse en avión, nunca pudo adquirir la habilidad de caer en un profundo sueño en cualquier lado como algunos hacen de forma innata. Incluso estando en su propia cama, conciliar el sueño era un gran problema para él. En Alemania no existe clima alguno que le resulte cómodo, según él. Tampoco existe o existió una persona con quien descansar se hiciera más fácil. Su cama, más allá de encuentros insignificantes, es testigo de años de soledad y pocas horas de descanso.

Ella siempre tuvo facilidad para dormir, sin importar el lugar o el momento. Nunca conoció lo que llaman insomnio, excepto alguna que otra noche de pesadillas durante su infancia. Hace muchos años que no experimentaba una pesadilla, únicamente sueños inexplicables y rápidamente olvidables al abrir los ojos y encontrarse con la luz del sol. Pero para toda regla existe su excepción, y durante los últimos diez meses su mente la llevó a un mundo donde estaba con él y él era suyo. Estos sueños solían ser cortos y provocaban una terrible decepción al despertar. Los hombres argentinos, o al menos los de Buenos Aires, no eran como él. En ellos había una ansiedad apropiada para quién habita una ciudad con poco tiempo y mucho por hacer. Querían todo rápido, y a sus besos no les gustaba esperar. En ellos también regía la imprudencia y falta de respeto, pero para ella nunca fué una gran molestia y siempre cedía a sus pedidos y demandas lujuriosas.

Él era distinto. La primera vez que estuvieron juntos nada en él sugirió que algo ella pudiera provocarle y siempre mantuvo una distancia extraña y extremadamente prudencial, lo cuál hacía todo aún más excitante para ella, que no conocía la paciencia masculina. Tal vez este comportamiento se debía a que en su país el respeto era una obligación que de incumplirse, el costo a pagar era muy alto socialmente. O simplemente en él existía una timidez provocada por el rechazo femenino de su país. Para ella era inexplicable, ya que lo consideraba el hombre más hermoso que había visto, pero tal vez su estatura por debajo del promedio lo hacía poco deseable para las mujeres del mismo origen que él.

En el mes de marzo estuvieron menos de veinticuatro horas juntos, pero lograron dormir en compañía del otro al menos una vez, y ese día él pareció el más habilidoso para sumergirse en el sueño. Ella había dejado una distancia prudencial entre los dos al acostarse, ya que creía que como se habían conocido el fin de semana anterior, dormir más cerca de él

podría generar una intimidad que lo incomodara. Ella le estaba dando la espalda cuando el brazo de él la sorprendió y la agarró para arrastrarla contra su pecho, haciéndole notar el insignificante peso de su delgado cuerpo. Él la presionó fuertemente contra su cuerpo y ella se inundó de una sensación de intimidad que no sentía hace mucho tiempo. Él la mantuvo agarrada y junto a él, declarando su derecho de posesión sobre ella, y ella, absolutamente invadida por él, no olvidaría a quién pertenece por los próximos diez meses. Así, se dispusieron a dormir y únicamente serían despertados por la responsabilidad de él de volver a su país.

Ella despertó esa mañana de enero. Había dormido mejor que lo usual sabiendo que aquella tarde iría a verlo nuevamente. Él le había dicho que aún se encontraría muy cansado y afectado por el "jet lag", pero ella logró convencerlo de visitarlo donde se estaba hospedando de todas formas. Le prometió que iban a descansar juntos.

Se abrazaron fuerte y desesperadamente. Lo que continuó fueron besos descoordinados, pero que luego encontraron la forma de funcionar juntos como lo habían hecho alguna vez. Él, como en el pasado, fué muy respetuoso para llevarla a la cama y desvestirla. También sabía cuándo dejar el respeto de lado. Ella estaba abrumada por todo lo que él le hacía y que ella consideraba perfecto. La imagen de él había sido casi parasitaria en su mente durante los últimos diez meses. Ella solo podía pensar en todo lo que habían hecho durante sus cuatro encuentros y donde nada había salido mal. Ella, con sus veinte años recién cumplidos, nunca había estado con alguien a quien considerara un hombre, solo con distintos muchachos a quienes veía como niños y de los cuales su inmadurez le aburría. Él le llevaba casi una década y la trató mejor que nadie. Ella se preguntaba cómo dos personas podían conectar tan bien siendo de, a su parecer, dos realidades totalmente distintas. Era como si nada de eso tuviera relevancia y no se necesitaran explicaciones cuando estaban juntos.

Se encontraban en la cama, solo había luces tenues lo suficientemente brillantes para alumbrar sus rostros que denotaban una extrema felicidad y también paz. Estaban totalmente cubiertos el uno con el otro, como si quisieran fusionarse. Nada podría quitarles la felicidad de finalmente estar juntos, algo que anhelaban hace meses. Esa noche conciliar el sueño fué más fácil que nunca.

Durante los siguientes días repitieron la misma actividad acompañada de salidas a restaurantes y lugares turísticos, de los cuales Buenos Aires abunda. Así pasaron los días y llegó febrero, y junto a él, la profunda tristeza que ella intentaba enterrar en sí afloró en su cuerpo, haciéndose visible para él. Juntos en la cama, en el último día, él la veía terriblemente triste, pero antes de que pudiera interrogarla, ella lo sorprendió con una pregunta que hizo que la realidad lo atravesara dolorosamente. Ella quería

saber qué harían cuando él volviera a su país, lejos de ella.

- Antes no fué un problema para nosotros. ¿Por qué debería serlo ahora? - preguntó, intentando contenerla y animarla.

Pero ella estaba sumida en su tristeza y pesimismo. Le confesó que, a diferencia de la última vez, ella lo amaba profundamente y que sería tortuoso tener que amarlo a tales crueles distancias. Entonces él, aturdido, demandó saber si ella estaba terminando todo. Intentó también convencerla de que ellos podrían hacerlo posible. Él ahora también la amaba fuertemente, algo que nunca había experimentado en su vida.

- Todas las parejas han de terminar, tarde o temprano. En nuestro caso, siempre supe que esto tenía fecha de caducidad, la cual es el momento de tu partida.

Hubo un silencio. Ella tenía razón, iba a ser muy difícil. Se amaban demasiado. Él no supo qué más decir, no era bueno hablando y todo se tornaba más complejo en sus conversaciones políglotas. Ella siempre dijo que él era un hombre de pocas palabras. Su hombre de pocas palabras. Ella lloró mucho, desconsoladamente. Tal vez en esas lágrimas lo que había impregnado de él en su ser saldría de una forma purificadora. Se abrazaron, se besaron. Se agarraron muy fuerte uno del otro, como si fueran a fusionarse, en este punto algo usual en ellos. Se dispusieron a dormir tomados de las manos, deseantes de que el despertador de él no sonara, la luz del sol no entrara por la ventana para pegarles en los ojos e interrumpir su feliz sueño. Durmieron juntos profunda y tristemente, sin saber si sería la última vez, implorando que el tiempo se detuviera y no los arranque el uno del otro.